2048

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

CENO CON MI MADRE

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SALVADOR MARÍA GRANÉS

5

MADRID
SALON DEL PRADO, 14, HOTEL
1903

CENO CON MI MADRE

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

inspirada en un cuento francés

POR

SALVADOR MARÍA GRANÉS

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA ALHAMBRA la noche del 25 de Diciembre de 1902

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1903

Al distinguido primer actor

Francisco García Ortega

De derecho corresponde á usted la dedicatoria de esta obra. Con su afiligranada labor y la delicadísima de la Sra. Badillo, han dado ustedes á mi pobre trabajo un valor que no tenía, y á ustedes se debe el éxito que ha alcanzado.

Mil gracias á ustedes dos, así como á los señores Buxens y Porredón que tan admirablemente les secundaron y á los Sres. Farnós y Aguado en sus cortos papeles.

De todos conservará siempre gratísimo recuerdo y muy especialmente de usted su verdadero amigo

Salvador María Granés

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SOFÍA MONTEMAR.....	Sra. Badillo.
LUISA, doncella.....	Srta. Sampedro.
EDUARDO, pintor.....	Sr. García Ortega.
EL DUQUE DE ARIZA.....	Buxens.
MANOLITO AZPIROZ.....	Porredón.
FERMÍN, criado.....	Aguado.
OTRO CRIADO.....	Farnós.

EPOCA ACTUAL

Derecha é izquierda, las del espectador

ACTO UNICO

Gabinete elegantísimo de Sofía Montemar. Alfombra y cortinajes. Escritorio con recado de escribir. Todos los accesorios han de ser de un refinado gusto. Al fondo chimenea encendida. Puertas laterales; balcón practicable á la derecha y frente á él un tocador modernista. Ricas consolas sobre las que se ven multitud de estuches con joyas; ramos de flores; cajas de dulces; canastillos con tarjeteros atestados de tarjetas. Sillas volantes. En primer término á la izquierda una elegante chaisse-longue. El gabinete brillantemente iluminado con luz eléctrica. La puerta de la izquierda es la de entrada y salida. La de la derecha, conduce al interior de la casa.

ESCENA PRIMERA

LUISA, luego UN CRIADO

LUISA ¡Dios mío! Esto es un diluvio de flores, de dulces, y de brillantes... Ya no hay donde colocar tanto regalo.

CRIADO (Con estuche.) Para la señorita Sofía Montemar, de parte del señor Conde de Alhama. (Vase.)

LUISA ¿Otro? ¿Pero no vamos á acabar nunca? (Abriendo el estuche.) ¡Caramba!... ¡Qué magnífico aderezo! ¡Y decían que este Conde estaba lleno de deudas! ¡Bah!... Puede que esta sea una más. (Colocándolo entre los otros estuches.) Lo pondremos en la sección de los brillantes. (Viendo entrar á Sofía.) La señorita.

613339
668477

ESCENA II

LUISA, SOFÍA, MANOLITO AZPIROZ puerta izquierda. SOFÍA viste un lujoso traje y un rico abrigo de noche. Viene del brazo de Manolito. Luisa le quita el abrigo y vase llevándoselo

MAN. ¿Pero qué capricho ha sido este, Sofía, de no querer que la aplaudieramos esta noche?

SOFÍA Pensaba dedicársela á los buenos amigos que me visitasen en mi casa.

MAN. Gracias por la parte que me toca, aunque ha hecho usted un flaco servicio al empresario. Todo el teatro estaba vendido y al anunciar que usted no trabajaba ha tenido que devolver el importe de las localidades.

SOFÍA ¡Bah! Si el empresario se enfada... que me despida.

MAN. Harto sabe usted que no puede hacerlo. ¿Con quién la sustituiría? Usted es una estrella irremplazable. Ver su nombre en el cartel y llenarse el teatro es una misma cosa.

SOFÍA (Sentándose en una silla volante.) Es verdad. El público es muy cariñoso para conmigo. Más de lo que yo merezco. La flor de la aristocracia son ustedes mis amigos y sus duquesas me copian cada traje que estreno.

MAN. Eso prueba su buen gusto.

SOFÍA No siempre, porque copian tambien mis estravagancias. Sin ir más lejos, el otro día Enriqueta, mi modista, me envió un traje horrible, abominable; una especie de túnico colorado rabioso. Yo estaba de buen humor y me endosé aquel capisayo que Luisa, mi doncella, se avergonzaría de ponérselo. Así estuve toda la tarde paseando en mi milord. Pues ¿creerá usted, Manolito, que al día siguiente había en el paseo doscientos vestidos colorados? Parecía la Fuente Castellana un prado lleno de tomates. (Rie en crescendo.)

MAN. ¡Qué lástima de hortelano!

LUISA (Entrando puerta derecha.) ¿La señorita va á cenar aquí ó en el comedor?

SOFÍA Aquí. Está más abrigado. Manolito, usted me acompañará.

MAN. Imposible, Sofía; hoy es Noche-buena y ceno con mi madre.

SOFÍA (Burlona. Levantándose.) ¡Ah!... ¿Cena usted con su mamá? (Riéndose.) ¡Es verdad... la noche clásica!

MAN. (Mirando el reloj.) Y ya se acerca la hora.

SOFÍA Adiós, pues; no se le haga tarde. ¿Le veré á usted mañana en el teatro?

MAN. ¿Trabaja usted?

SOFÍA Hago *La niña nerviosa.*

MAN. Entonces huelga la pregunta.

SOFÍA (Le da la mano.) Mil gracias. Adiós y buena noche. (Manolito estrecha con efusión la mano que le ha tendido Sofía.) (Llega hasta la puerta y da un profundo suspiro.) ¿Qué? (Volviéndose.)

MAN. Nada... (Da otro suspiro.) Nada. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

SOFÍA y LUISA

SOFÍA ¡Pobre hombre!... (Va á la «chaise longue» y se sienta apoyando la cabeza en el respaldo.) Luisa.

LUISA (Entrando.) Señorita.

SOFÍA ¿Ha traido don Eduardo el retrato que estaba colocado allí? (Señalando á la chimenea.)

LUISA ¿El de la madre de la señorita que se llevó para restaurarlo? No, señorita. Don Eduardo no ha venido hoy. Ya le hubiera usted visto, porque él no gasta ceremonias; apenas llega,—¡Crac!—se cuela sin decir «aquí estoy.» Estos artistas son lo más desahogados...

SOFÍA (Con severidad.) Luisa, el señorito Eduardo es mi amigo de la niñez. Cuando yo cosía camisas para las tiendas, él pintaba monigotes en las paredes. Ahora es un buen pintor, sigue

siendo casi mi hermano y has de tratarle siempre con el mayor respeto. No lo olvides.

LUISA Señorita, yo trato con educación á todo el mundo... hasta á los artistas.

SOFÍA Y haces bien, niña; no se debe despreciar á nadie. Y á propósito, Luisa, tú tienes buena voz y no mala presencia; ¿por qué no te has dedicado al teatro?

LUISA ¡Ay, señorita! muchas veces se me ha ocurrido pero tuve miedo de avergonzar á mis padres.

SOFÍA (Con ironía seria.) ¡Ah!... es verdad. ¿Tu papá es cochero de punto, según creo, y tu mamá vende verduras en la Plaza del Carmen?

LUISA Sí señora.

SOFIA (Como antes.) Dispensa, hija mía, lo había olvidado. (La pobre no tiene idea de estas cosas.) Luisa.

LUISA Señorita.

SOFÍA ¿Crees tú que haya en el mundo una mujer más feliz que yo?

LUISA No, señorita: no creo que la haya.

SOFÍA (Durante este parlamento, que empieza reposado, Sofía va animándose progresivamente hasta el final que debe ser una explosión de entusiasmo.) ¡Es tan hermoso ser artista cuando se reune la gracia, la belleza, la juventud y el talento! ¡Saborear todos los triunfos, todos los arrebatos de la gloria y del éxito!... Ver á nuestros pies, duques, banqueros, próceres, cuanto hay en España de noble y de ilustre y obligar á todos esos magnates á que hagan antesala en salones que pueden rivalizar con los de sus palacios!... Una mirada, una sonrisa mía dan la felicidad; mis frases ingeniosas corren de boca en boca, y cuando fatigada de ese incienso, siempre frívolo, á veces engañador, quiero aplausos sinceros, bravos que no engañen.. (Levantándose y adelantando hasta el proscenio.) Me lanzo á la escena; me adelanto hacia un público que ha pagado á la puerta el derecho de decirme la verdad. Entonces mi corazón late de temor y de esperanza porque aque-

llos... (Señala al público.) aquellos no son cortesanos, no son aduladores, y si me aplauden... ¡qué victoria! ¡qué triunfo! ¡Es que les he subyugado, les he fascinado! ¡Es que, les he hecho reir con mi risa y llorar con mis lágrimas! ¡¡Y me aplauden, Luisa, me aplauden!! (Este final debe decirse con verdadero arranque artístico.)

LUISA Ya lo creo; si hasta á mí me dan ganas de aplaudirla.

SOFÍA ¿Qué me falta? Nada. Tengo brillantes como una reina; oro, más del que necesito. Mis salones llenos de aristócratas, y mis cuadras llenas de caballos, ¿qué puedo envidiar á esas grandes señoras, mientras ellas pueden envidiar mi talento?

LUISA Sí, pero ellas van á palacio.

SOFÍA Yo tengo un palacio mío.

LUISA Ven al rey.

SOFÍA Si yo quisiera, el rey vendría á mi casa. ¡Ya lo ves, Luisa, no hay en el mundo una mujer más feliz que Sofía Montemar! (Dirigiéndose al balcón y abriéndolo.) ¡Qué hermosa noche! Hace frío... pero este aire sano ensancha el pulmón y convida á vivir. ¡Cuánta gente hay en la calle!

LUISA Como que hoy es Noche-buena, señorita.

SOFÍA Es verdad. Y á propósito. Trae el servicio de mesa sobre el velador. ¡Ah! Pon dos cubiertos.

LUISA Está bien, señorita. (Vase.)

ESCENA IV

SOFÍA mirando por el balcón

¡Bendito sea el que inventó la Noche-buena! Cuánto gusto da ver la animación de la calle. Esos honrados hijos del pueblo que van y vienen, riendo, bromeando, y con la nariz amoratada por el frío .. Esas pobres mujeres que cantan al compás del almirez ó del pandero .. Esos chiquillos que saltan y gritan regocijados... Todo eso, forma una alegre ba-

canal de tambores, trompetas, zambombas y chicharras, es una orgía de inocente escándalo, es el himno que eleva al Creador la alegría popular. ¡Qué hermosa noche!

ESCENA V

SOFÍA, LUISA, á poco EL DUQUE DE ARIZA

LUISA — Señorita... el señor Duque de Ariza. (Izquierda.)

SOFÍA — (Tendiéndole la mano que el Duque besa.) Tarde viene usted, querido Duque.

DUQUE — Tarde, pero no con daño. Entre tantos obsequios como habrá usted recibido hoy, no podía faltar el mío. Asómese usted. (Abriendo el balcón.)

SOFÍA — (Asomándose.) No veo nada.

DUQUE — ¿No ve usted á su puerta? ..

SOFÍA — ¡Ah, sí! Una preciosa berlina con un soberbio tronco de caballos.

DUQUE — Ese es el recuerdo que le traigo. Ya he dado orden de que encierren la berlina en su cochera y los caballos en su caballeriza.

SOFÍA — ¡Qué locura!

DUQUE — El tronco tordo que ayer llevaba usted, no es digno de la reina de la escena española.

SOFÍA — ¡Pero eso es un regalo de príncipe!

DUQUE — No, de duque pobre.—Y ahora, cumplida mi misión, adorada Sofía, la deseo una feliz Noche-buena, y me retiro.

SOFÍA — En eso está usted equivocado, porque no se marcha usted.

DUQUE — ¿Cómo? ¿Que no?...

SOFÍA — No señor.

DUQUE — ¿Y por qué?

SOFÍA — Porque yo le retengo esta noche para que cene conmigo.

DUQUE — Imposible, hija mía.

SOFÍA — ¿Imposible? ¿Por qué?

DUQUE — Hoy, veinticuatro de Diciembre. Día solemne. ¡Fiesta de familia! Jamás he faltado á ella. Si mi madre no me viera esta noche en su casa, creería que me había muerto.

SOFÍA Bien, póngale usted cuatro letras excusándose. Fermín las llevará.

DUQUE ¡Qué pronto lo arregla usted!

SOFÍA Como que es muy sencillo.

DUQUE No tanto, y la prueba es que no puedo complacerla.

SOFÍA ¿Pero escribiéndola?...

DUQUE Vamos, Sofía, usted no conoce á la Duquesa viuda. Imagínese usted una gran señora de setenta y seis años, de mirada fría, de semblante inmóvil; una señora constantemente arrellanada en su viejo sillón de roble. La pobre anciana ha conservado las costumbres, las ideas y hasta el traje del siglo anterior. A sus ojos mi hermano y yo seguimos siendo los dos niños que el aya le traía dos veces al año; el día de su santo y el de Noche-buena. Esos eran los únicos días en que nos daba un beso en la frente, frío y ceremonioso, el mismo que nos dará dentro de un cuarto de hora. Luego una cena en familia de gran etiqueta, un festín mudo y solemne en el cual mi madre solo rompe el silencio para referirnos las hazañas de mi padre mandando un regimiento de caballería durante el primer sitio de Bilbao. (Mientras se dice esta escena, Fermín y Luisa han colocado el velador junto á la chimenea, con servicio para dos cubiertos.

SOFÍA Sí, todo eso me parece bien, pero si estuviese usted enfermo...

DUQUE Si lo estuviese no iría, pero como no lo estoy...

SOFÍA Vamos, no se haga usted de rogar tanto y quédese. Ya irá usted mañana á ver á la duquesa y á disculparse.

DUQUE Pero, hija de mi alma...

SOFÍA (Con coquetería.) Bien, sí, es un capricho, uno de esos mil caprichos que yo tengo y á los que siempre acaba usted por ceder. No se marche usted, Fernando. ¿No es verdad que se queda?

DUQUE Lo siento en el alma pero no puedo.

SOFÍA (Despechada.) ¡Y yo he sido tan necia que creía en su amor!...

DUQUE ¡Cómo! ¿Que no la amo porque no puedo cenar esta noche en su compañía? Pues bien, cenaré mañana, pasado, todos los días que usted quiera.

SOFÍA (Con sarcasmo.) Gracias.

DUQUE ¿Que no la amo?... Cuando es posible que mañana me bata con Galvez, el crítico teatral de *La Patria*, por haber dicho en su revista de *La niña nerviosa*, que no sabía usted bien su papel? No, y la verdad es que tuvo usted algunos tropezoncillos.

SOFÍA (Nerviosa.) Bien... muy bien. Unase usted ahora á mis enemigos. Critíqueme usted. Silbeme usted.

DUQUE Nada de eso, y la prueba es que me bato. Además, el papel de usted en esa obra requería...

SOFÍA ¿Que me equivocase?

DUQUE No; pero que se expresara usted con cierta turbación... con cierto tartamudeo...

SOFÍA ¡Ah! ¿También tartamuda? Pues ya lo va usted arreglando.

DUQUE ¡Ea! Es usted imposible. (Mirando el reloj.) ¡Demonio!... Las diez. (Va á tomar el sombrero.)

SOFÍA ¿Decididamente se marcha usted?

DUQUE No hay otro remedio.

SOFÍA (Seria.) Le advierto á usted, Fernando, que si sale de aquí, esa puerta no volverá á abrirse para usted.

DUQUE Pero Sofía, ¡por Dios!... hágase usted cargo...

SOFÍA De nada. Si me ama usted, quédese, si no me ama, márchese pero no vuelva más. ¡Que va á batirse por mí! Por mí no. Por amor propio. Por hacer alarde de sangre fría y de valor. ¡*Valiente* valor! Cuando se ha comprado á un maestro de armas el derecho de batirse impunemente.

DUQUE (Con dignidad.) Sofía, la vida tiene deberes sutiles en la apariencia; pero en el fondo reales y sagrados. Usted no lo comprende así. Tanto peor para usted. Mi amor, mi fortuna y mi vida son suyos, pero donde quiera que yo esté, si mi anciana madre, con su mano temblorosa, me hace la más ligera señal

para que vaya, obedeceré en el acto, como un niño, aun cuando tenga que pagar esa prueba de respeto con la felicidad de toda mi vida... ¡Adiós! (Se dirige hacia la puerta.)

SOFÍA Adiós... ¡Ah!... Una palabra... No cenaré sola, se lo prevengo.

DUQUE (Deteniéndose.) ¿Es una amenaza?

SOFÍA No, una advertencia.

DUQUE ¿Y con quién cenará usted?

SOFÍA Con cualquiera... con el primero que venga.

DUQUE Entonces estoy tranquilo.

SOFÍA (¡Ah!) Con el Conde de Alhama.

DUQUE (Celoso.) ¿Con el Conde...?

SOFÍA Sí, con el Conde de Alhama.

DUQUE Haga usted lo que guste. (Vase.)

ESCENA VI

SOFÍA, sola

(Levantándose.) ¡Todos!... ¡Todos iguales! ¡Y estos son esos hombres que se arrastran á nuestros pies jurándonos que nos adoran! (Paseándose con agitación.) ¡Ha hecho bien en marcharse porque nunca le he querido! ¡Un corazón seco, egoista; un hombre vulgar que no, no ama más que por vanidad! Pues yo le castigaré humillándole Quiroga, es un pobre hijo de familia. Su sólo padre le pasa una corta pensión. Vive ahí enfrente. Voy á invitarle á cenar conmigo (Se sienta á escribir y dice mientras escribe.) ¡Y es un muchacho muy agradable Quiroga! No tiene caballos, ni brillantes que ofrecerme. Mejor. Así rabiará más el Duque. (Toca el timbre y aparece un Criado.) Pronto, Fermín, lleva ahí enfrente esta carta... pero corre y vuelve volando. (Vase el Criado.) ¡Ah! ¡Qué tranquila me he quedado después de escribir! (Se sienta.) Hace un momento estaba nerviosa, irritada..y ahora respiro, me siento alegre y satisfecha. ¡Vaya con el señor Duque! ¡Creería que yo iba á caer *de rodillas y á sus pies*, como dice don Juan Te-

norio, porque se digna batirse por mí! Quien sabe si sólo me ha hablado del duelo con la esperanza de que yo le hiciera desistir! ¡Ojalá Gálvez le corte la cara de una cuchillada! (Ruido de panderos y tambores en la calle.) ¡Adiós! ¡Ya vuelven los gritos y los tambores! (Se levanta y va al balcón.) ¡Qué cosa más estúpida es la Noche-buena! Esos chiquillos que aullan como los perros cuando le pisan la cola; esas comadres que se desgañitan cantando con voz de borrachas; esos imbéciles que se detienen á mirar mi hotel, con la boca abierta como papamoscas... ¡Qué cuadro más indigno de la Corte de España! (Se separa del balcón.) ¡Pobre Quiroga! ¡Qué contento se va á poner! ¿A que él no?... (Aparece Fermín con una carta.) ¿Eh?... ¿Qué es eso?... ¿Una carta?... Trae. (Arrebatándosela. La abre y lee.) «Querida Sofía: Su invitación me ha colmado de alegría... pero, lo siento en el alma, hoy ceno con...» (Rompe la carta sin acabar de leerla.) Está bien... Vete... sal de aquí. (Fermín se va.) La culpa la tengo yo. Ese Quiroga es un sietemesino, un cursi... ¡Y Eduardo que no viene! Yo le creía el mejor de mis amigos... Sí, sí... ¡Amistad!... ¡Amor!... ¡Farsa... farsa!...

ESCENA VII

SOFÍA y LUISA. Esta en traje de calle

LUISA Señorita...

SOFÍA ¡Ah! ¿Eres tú, Luisa? Qué elegante vienes.

LUISA Sí, señorita, me he puesto el vestido nuevo, porque como hoy...

SOFÍA Mira, Luisa, tú sabes lo contenta que estoy contigo por lo bien que te portas, y voy á darte una prueba de lo mucho que te aprecio. Siéntate ahí. (Señalando al velador servido.) Vas á cenar conmigo.

LUISA Pero, señorita...

SOFÍA ¿Eh?

LUISA ¿No se acuerda usted?

SOFÍA ¿De qué?

LUISA Esta mañana la señorita me dió permiso para ir á cenar con mi familia.

SOFÍA (Con sarcasmo.) ¡Ah! ¿También tú tienes familia? Pues bien, ya irás otra noche.

LUISA El caso es...

SOFÍA Basta; no admito réplicas. Después que te hago el favor de sentarte á mi mesa...

LUISA Señorita, yo lo agradezco en el alma, pero mis padres me esperan. Es una costumbre que tenemos toda la vida la de pasar reunidos la Noche-buena.

SOFÍA ¿Y si á mí se me antojara no dejarte salir esta noche?

LUISA Lo sentiría muchísimo, pero...

SOFÍA Acaba.

LUISA Me vería obligada...

SOFÍA ¿A qué?

LUISA A dejar de servir á la señorita.

SOFÍA (Con tono áspero.) Está bien. Vete.

LUISA ¿Me despide usted?

SOFÍA Sí; te echo á la calle.—¡Una muchacha que he admitido en mi casa por caridad, por lástima!... (Volviendo la cara.) Pero, ¿estás ahí todavía?

LUISA Por Dios, señorita...

SOFÍA ¿Tendré que llamar á mis criados? (Va al tocador y llama en el timbre fuertemente.) ¡Dios mío! ¡Qué horrible dolor de cabeza! Son esas flores, esas malditas flores. ¿No podéis llevároslas á otra parte? Al salón... al comedor... á la cocina.

LUISA Sí, señorita.

FERMÍN (Saliendo.) ¿Llamaba la señorita?

SOFÍA Tirad todas esas flores por el balcón. (Luisa y Fermín se disponen á obedecer y abren el balcón.) ¡Estúpidos! ¡Pues no abren ahora el balcón, para que me dé una pulmonía!

LUISA Como usted nos ha mandado...

SOFÍA ¡Silencio! Os despido á los dos. Y á los demás criados también. No quiero volver á ver á ninguno. Todo el mundo á la calle. (Fermín y Luisa vanse cabizbajos. Sofía se pasea con

agitación de un lado á otro Por fin, cae en la «chaisse-longue» sollozando.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada soy!

ESCENA VIII

SOFÍA y EDUARDO

EDU. (Desde la puerta y fingiendo las voces, como si le anunciaran.) Don Eduardo Gutiérrez—Que pase. —Buenas noches, Sofía—Aquí tienes el retrato restaurado por el pincel de la amistad (Lo coloca sobre la chimenea y dice entretanto.) Mira cómo resplandece el rostro bondadoso de la pobre anciana y qué vivos son los colores del pañuelito que lleva al cuello. (Yendo hacia ella y sacando de los bolsillos lo que va nombrando, que deposita sobre una mesa.) Y ahora, señorita, aquí tiene usted sus aguinaldos, dos naranjas, una caja de turrón, nueces y castañas. (Se acerca á ella.) Pero, ¿qué es eso? ¿Lloras?

SOFÍA (Disimulando.) ¿Yo?... No.

EDU. Porque no dices: «Al contrario.» Ya sabes, esa es la frase corriente, cuando le pisan á uno un callo y le preguntan: ¿le he hecho á usted daño? Vamos á ver, ¿qué es lo que tienes?

SOFÍA Nada, no tengo nada.

EDU. (Remedándola) Nada, no tengo nada... ¡Mentira! Tienes algo. ¡Ea! Cuéntamelo pronto.

SOFÍA (Levantándose.) Le digo á usted que...

EDU. ¿Qué es eso de usted? ¡Pues estamos frescos! Sofía, ¿te acuerdas de aquella pobre casa vieja de la calle del Tribulete, piso principal, bajando del cielo, una especie de palomar? ¿Te acuerdas de aquellas dos guardillas tan bajas de techo que parecían construídas para vivir lenguados? La de la izquierda la habitaba una joven huérfana, alumna del Conservatorio, que cosía camisas para las tiendas cuando la dejaban libre sus clases. En la de la derecha vivía un mu-

chacho, casi un niño, cuyo mobiliario era un cofre, una percha y una caja de pinturas. Los dos vecinos llegaron á ser amigos; —una amistad franca y desinteresada... nada más.—No encendían lumbre todos los días, no solían cenar con mucha regularidad, pero se consolaban mutuamente. La costurera decía al pintor: «¡Qué bajo es ese techo!»—Y el pintor le contestaba: «Yo creo que es el suelo el que está alto.»—«El techo es bajo.»—«El suelo es alto.» Y bromeaban y reían hasta la hora en que cada cual se iba á su cuarto á dormir, es decir, á soñar gloria, bravos y fortuna. Aquella joven eras tú, Sofía: el pintor era yo; la pobre casa vieja aun está en pie. ¿Será acaso nuestra amistad lo único que ya no existe?

SOFÍA ¡Eduardo! ¡Hermano mío! (Estrechando entre las suyas las manos de Eduardo.)

EDU. ¡Ea! Cuéntame tus penas. Yo te consolaré como en los días de nuestra miseria, como en los tiempos felices de nuestro palomar.

SOFÍA Pues bien, voy á decirte lo que me pasa; pero no te burles, porque todo ello es una niñada.

EDU. (Ambos se sientan. Uno al lado del otro.) Ya te escucho.

SOFÍA Hoy he recibido obsequios y regalos sin número.

EDU. ¿Qué más?

SOFÍA Todo el Madrid elegante, noble y rico, ha venido á dejarme tarjetas.

EDU. Hasta ahora no veo..

SOFÍA Pero nadie ha querido cenar conmigo, nadie, Eduardo; ni aun el hombre á quien todo se lo he sacrificado, ni aun mi doncella... en fin, ¡nadie! Todos cenan esta noche en familia. Yo no la tengo, pero creía tener, si no amigos, esclavos sumisos y obedientes. Me engañaba. No sabía lo sola que estoy, y al convencerme, he llorado. Ya ves que todo ello no tiene sentido común.

EDU. Sí, hija mía, lo tiene, y yo lo comprendo. Hay alfilerazos más dolorosos que puñala-

das. ¡Tú no habías pensado nunca en esa decepción, y el golpe te ha aturdido, pobre Sofía! Eso prueba que tienes corazón, artículo muy raro en la gente de teatro.

SOFÍA Querido Eduardo.. (Señalando al velador dispuesto para la cena) no me atrevo á rogarte...

EDU. Con toda el alma aceptaría... pero...

SOFÍA ¡Calla! Lo adivino.

EDU. Ceno con...

SOFÍA (Sonriendo, triste y levantándose.) Bien, bien. Ya lo sé, y no quiero detenerte más. Adiós, Eduardo, adiós.

EDU. Por vida de... No puedo quedarme... y por otro lado siento dejarte aquí sóla, porque al fin... ¡Ah, qué idea!—Alégrate, Sofía, alégrate.

SOFÍA ¿Qué quieres decir?

EDU. ¿Qué es lo que quiero? Cenar en mi casa y que tú no cenes sola. Pues bien, hay un medio muy sencillo.

SOFÍA ¿Cuál?

EDU. Que vengas á comer el clásico besugo en casa de papá Gutiérrez. ¿Qué dices á esto?

SOFÍA ¡Cenar yo en casa de tus padres!

EDU. ¿Por qué no? Cenarás mal, pero en compañía. Conque... en marcha.

SOFÍA ¿De veras quieres?

EDU. ¿Vas á hacer remilgos?

SOFÍA ¿Yo? Ya estamos andando. (Echa á andar.)

EDU. Pero así, no... con ese traje...

SOFÍA ¿No lo encuentras bastante?...

EDU. Al contrario, lo encuentro demasiado... Pídele á tu doncella que te preste un vestido suyo... pero de percal. En mi casa no se admiten visitas de señoras más que con vestido de percal. Te presentaré como una vecina, huérfana, oficiala chalequera, con seis reales de jornal diarios, y verás qué bien te reciben.

SOFÍA Tienes razón. (Llama en el timbre. Pequeña pausa.) ¡Luisa! (Abre la puerta derecha) ¡Luisa!

EDU. No se da mucha prisa en venir.

SOFÍA ¡Ay, Dios mío! ¡Olvidaba que la he despedido!

EDU. ¡Pobre Luisa! ¿Y por qué?
SOFÍA (Señalando al velador.) Porque no quiso...
EDU. (Riendo.) ¡Ah! Ya comprendo.

ESCENA IX

DICHOS y LUISA, con un envoltorio dentro de un pañuelo, y en la otra mano una caja

LUISA Señorita, vengo á despedirme de usted. (Con acento triste.)
EDU. La señorita te admite de nuevo.
LUISA ¿De veras? (Dejando caer lo que lleva en las manos.)
SOFÍA Sí, Luisa continúas á mi servicio.
LUISA ¡Ay, señorita! ¿cómo podré probarle mi agradecimiento?
SOFÍA Muy fácilmente. Préstame un vestido tuyo.
LUISA ¿Un vestido? ¿Yo? ¿A usted?...
SOFÍA Sí, un vestido. Tú... á mí.
LUISA (Con alegría.) El mejor, señorita, el más...
SOFÍA Al contrario, el menos vistoso.
LUISA Ahora mismo. (Abriendo la caja.) ¿Sirve este?
SOFIA (Mostrándoselo.) ¿Qué te parece, Eduardo?
EDU. Un poquito elegante, pero puede pasar.
SOFÍA (A Luisa.) Ayúdame á vestir.—¡Eduardo!
EDU. ¡Sofía!
SOFÍA ¿Has oído?
EDU. Perfectamente.
SOFÍA (Empieza á desnudarse.) Pues, bien, haz el favor de coger un libro.
EDU. (Tomándole.) Ya está.
SOFÍA Ahora, vuélvete.
EDU. (Volviéndose hacia ella.) ¿Así?
SOFÍA ¿Eh?
EDU. ¡Ah! Es verdad. Ya estoy. (Volviéndole la espalda.)
SOFÍA Haz el favor de no mirar en los espejos.
EDU. Pierde cuidado. Además, para un pintor, esto tiene poca importancia.
SOFÍA Bien... por si acaso, lee con atención.
EDU. (Hablando mientras Luisa viste á Sofía.) Qué cosa tan bella es la amistad, ¿no es cierto, Sofía?
SOFÍA Ya lo creo.

EDU. Aquí tienes, por ejemplo, ahora mismo, á una de las mujeres más bonitas de Madrid, (Volviendose á medias para mirarla.) porque tú eres una de las mujeres más bonita de...

SOFÍA Bien, bien; pero no vuelvas la cara.

EDU. (Volviéndose nuevamente de espaldas.) ¡Ah! ¡sí! Tienes razón.—Pues como decía, aquí tienes á una mujer encantadora, que se está vistiendo tranquilamente delante de un joven no mal parecido. (Volviéndose hacia el espejo.) Porque sin modestia, yo no soy despreciable.

SOFÍA ¿Quieres no mirar al espejo?

EDU. ¡Ah, sí... dispensa!—Aquí están dos seres de distinto sexo, ambos jóvenes y de atractivos personales... Uno al lado del otro, en las intimidades de la *toilette*. Ella, llena de confianza y de seguridad y él tranquilo como el casto José. Y ¿sabes la razón de todo esto?... Pues no es otra sino que el amor no interviene para nada en nuestra conferencia. ¡Oh! ¡La amistad! No hay sentimiento más santo ni más puro.

SOFÍA ¡Ea! Ya acabé.

LUISA ¡Qué guapa está así la señorita!

EDU. ¿Puedo volverme ya?

SOFÍA Puedes volverte.

EDU. (Examinándola.) ¡Deliciosa!

SOFÍA Luisa, ya tienes mi permiso. Vete á cenar con tus padres. ¡Ah! Dí á Fermín y á los demás criados que dispensen mi mal humor y que continúan á mi servicio.

LUISA Mil gracias por mí y por ellos, señorita.

SOFÍA Anda, anda á ver á tus padres.

LUISA ¡Qué alegría! (Vase dando brincos.)

ESCENA X

SOFÍA y EDUARDO

SOFÍA Cuando quieras, Eduardo.

EDU. ¡Qué guapa estás!

SOFÍA Parezco una modistilla, ¿no es cierto?

EDU. Me recuerdas la calle del Tribulete.

SOFÍA Iremos á pie. Para mí eso será una novedad.

EDU. Para mí la novedad sería ir en coche.

SOFÍA ¡Qué disparate! En coche todo Madrid reconocería á Sofía Montemar.

EDU. ¡Ah! Apropósito de Sofía Montemar.. Ya sabía yo que olvidaba decirte algo.

SOFÍA Habla.

EDU. Sofía, mi padre es un tosco labriego y mi madre una pobre paleta que han pasado toda su vida en el pueblo hasta que yo pude traerlos á Madrid. Ambos están convencidos de que en lo físico y en lo moral yo soy la obra maestra de la creación. No les desengañes, si deseas salir de mi casa con los dos ojos. Lo primero que pondrán en la mesa es un cazuelón de sopas de ajo. Las hacen expresamente para mí. Yo no las puedo ver, pero me tomo dos platos por halagar á mi madre. Cómelas tú también aunque no te gusten. Allí no verás porcelana del Japón, sino loza ordinaria de Talavera, con pájaros y gallos azules. Te advierto que no es costumbre cambiar el plato; todo se come en el mismo. Hay también un perro grande viejo y cojo que ladra y que gruñe. Déjale en paz. Es una tradición. Es el amigo de la casa.—Y ahora, Sofía, echemos á andar.

SOFÍA (Sin moverse.) Eduardo...

EDU. ¿Qué? ¿Se te olvida algo?

SOFÍA No. Dime la verdad... ¿Estás decidido á llevarme á tu casa?

EDU. (Con extrañeza.) Decididísimo.

SOFÍA ¡Gracias, Eduardo! (Le estrecha la mano.) Eso es todo lo que yo necesitaba.

EDU. ¿Pero qué te pasa? ¿Te asusta el cuadro que te he bosquejado?

SOFÍA No lo creas. Si yo fuera realmente la Sofía que vas á presentar á tus padres, no vacilaría. Pero soy Sofía Montemar.

EDU. ¿Y qué?

SOFÍA Escúchame, Eduardo. Un día tus padres podrían encontrarme en mi carruaje, saber quién soy y descubrir el engaño. No, Eduar-

do, no. Adiós y gracias, porque me has probado que no estoy tan abandonada como creía, y eso me ha hecho mucho bien. Adiós, mi amigo, mi hermano... Adiós.

EDU. ¿Tú lo quieres?

SOFÍA Lo quiero.

EDU. Sofía, lo que haces es hermoso, es noble. Yo no había pensado más que en tu satisfacción, tú piensas en mi deber. Abrázame, hija mía. (Le abraza con efusión.) Pues señor, bien. Cuando entré aquí, tú llorabas y yo reía. Y ahora soy yo quien... ¡Vaya, vaya! me largo, porque cuando me pongo sensible, soy atroz. Adiós, Sofía, hasta mañana. (Vase.)

ESCENA XI

SOFÍA; luego LUISA

SOFÍA ¡Corazón de oro!—¡Y ese pobre Fernando! ¡qué injusta he sido con él! Pero volverá y me perdonará. ¡Me quiere tanto! .. (Descolgando el retrato de su madre.) Sí; tienen razón en ansiar los goces de la familia. ¡Madre! ¡Madre mía!

LUISA (Apareciendo.) Señorita...

SOFÍA ¿No te habías marchado?

LUISA Sí; pero he vuelto. Tome usted esta carta. (Se la da y Sofía la abre.)

SOFÍA De Fernando. (Leyendo.) «Perdón y hasta mañana.» ¡Qué bueno es!

LUISA Señorita. Todo se lo he contado á mi madre, y me permite volver para cenar con usted.

SOFÍA Gracias, hija mía, no quiero privarte de esa fiesta de familia.

LUISA Pero yo no puedo dejar á la señorita así... sola...

SOFÍA (Sentándose cerca del velador sobre el cual coloca el retrato.) No estoy sola, Luisa. Ya lo ves: «Yo también como con mi madre».

FIN

JUICIO CRÍTICO DE LA PRENSA DE MADRID

referente al estreno de

CENO CON MI MADRE

Anoche, á segunda hora, se estrenó una comedia en un acto, original de D. Salvador María Granés, titulada *Ceno con mi madre.*

El pensamiento de la comedia es muy bonito y muy simpático; todo él se reduce á describir y presentar los berrinches y disgustos que pasa una caprichosa *diva* por no poder conseguir que le acompañe á cenar ni sus amigos, ni sus preferidos, ni aun sus propios criados, porque es la Nochebuena y cada uno de los personajes cena aquella noche con su madre.

Consuelo Badillo estuvo monísima en su papel, riendo y llorando á maravilla; la Srta. Sampedro, que es una damita joven de talento y gracia, demostrando que estudia y llegará á mayores empeños; muy bien García Ortega, Buxens y Porredón. Y el público, que siguió con mucho gusto é interés el curso de la obra, obligó á Granés á presentarse infinidad de veces al terminar la representación.

(El Liberal)

*
* *

Ceno con mi madre es un lindísimo pasillo á lo Alfonso Karr, que inspirándose en un cuento francés ha escrito Salvador María Granés y que se estrenó anoche en el teatro de la Alhambra con éxito satisfactorio.

Granés, que le ha dado dos golpes afortunados á las Pascuas, fué muy aplaudido, así como los principales intérpretes de la obra, señoras Badillo y Sampedro y el Sr. García Ortega.

Los martes de moda en este teatro siguen siendo muy favorecidos por la sociedad elegante.

(El Imparcial)

* * *

Una obra fina, interesante, perfectamente dialogada, con situaciones hábilmente preparadas que patentizan la pericia y habilidad del maestro Granés.

El distinguido público que acudió anoche al favorecido teatro de la calle de la Libertad, «se entregó» en las primeras escenas de la comedia, y, al terminar la representación llamó varias veces al Sr. Granés, que se presentó en el palco escénico en unión de los afortunados intérpretes de la obra.

De éstos merecen especial mención las señoritas Badillo y Sampedro, el Sr. García Ortega, que estuvo admirable, como siempre, y el Sr. Porredón, que supo conquistarse frecuentes y merecidos aplausos.

Ceno con mi madre, llevará mucho público al teatro de la Alhambra.

(El País)

* * *

En el teatro de la Alhambra, Salvador María Granés fué, en la noche del martes, muy aplaudido, por el estreno de la obra *Ceno con mi madre*, inspirada en un cuento francés.

La Sra. Badillo, la Srta. Sampedro y el Sr. García Ortega compartieron con el autor de la preciosa obrita los aplausos del público.

(La Época)

*
* *

En la Alhambra se estrenó anoche una linda comedia que, inspirándose en un cuento francés, ha escrito el veterano autor Salvador María Granés.

Esta obrita que, como queda indicado, es muy linda, fué muy del agrado del público, que la aplaudió ruidosamente y llamó á su autor muchas veces á la escena.

La necesidad de dar cuenta en un mismo día y en una misma sección de tantos estrenos me impide detenerme en el exámen minucioso de las obras estrenadas. Baste, pues, lo dicho de esta, añadiendo á ello que su interpreteción fué esmerada y que en el desempeño de sus principales papeles se distinguieron mucho las señoritas Badillo y Sampedro y los señores García Ortega y Porredón.

(El Heraldo)

*
* *

También en la Alhambra se estrenó anoche, con muy buen éxito, una preciosa piececita escrita por D. Salvador María Granés, inspirándose en un cuento francés.

El autor fué muy aplaudido, así como los intérpretes de la obra, Sras. Badillo y Sampedro, y el señor García Ortega.

(El Correo)

* * *

En la Alhambra estrenóse anoche un finísimo juguete en un acto, en prosa, de D. Salvador María Granés, titulado *Ceno con mi madre*, que fué con justicia muy aplaudido, y muy bien representado por la Sra. Badillo y la Srta. Sampedro, y los Sres. García Ortega y los demás intérpretes de la pieza. *Ceno con mi madre* es de las obras que dan honra y provecho.

(La Correspondencia de España)

OBRAS DRAMÁTICAS DE D. SALVADOR MARÍA GRANÉS

Comedias y dramas en 3 actos

Crisis matrimonial (Comedia).
El estrangulado (Drama).
Roger Laroque (Melodrama).
Dios, patria y rey (Drama).
León de la selva (Comedia).
La labradora (Drama).
El boticario de Navalcarnero (Comedia).
Vida y milagros de San Isidro (Melodrama).

Comedias en dos actos

La Pleitomanía.
El señor de Manzanillo.
¡Ellas!
Los alfilerazos
Los amigos íntimos
La redención del pasado (Drama).

Comedias en un acto

El salto mortal.
Don José, Pepe y Pepito.
Soy yo.
Mala Sombra.
Receta para casarse.
Mi mujer y mi vecino.
Las campanillas.
Un simón por horas.
El Conde de Cabra.
Al borde del abismo.
El joven del perro grande.
La Pasión de Jesús.
Los abrazos.
Guerra y paz.

Zarzuelas en tres actos

Así en la tierra como en el cielo.
Barba Azul.
La Princesa de Trebisonda.
Los brigantes.
Un casamiento republicano.
La pradera de San Gervasio
El pompón rojo.
La panadera del Campillo.
La Archiduquesa.
La criolla.
La Santa Cecilia.
Miss Helyett.
Sustos y enredos.
El Angel de la guarda.

Zarzuelas en dos actos

Abel y Caín.
Dos leones.
Martes 13.
Entre Pinto y Valdemoro.
El jóven Cupido.
Los habladores.
El Prado de ayer y hoy.
En el nombre del padre.
La telefonista.

Zarzuelas en un acto

¡Me cayó la lotería!
La Plaza de Antón Martín.
Un perro grande.
La fuerza de voluntad.
Amor á pedradas.
Hacer el oso.
Fuego en guerrillas.
Una señorita en rifa.
¿A que no se quién soy yo?
Circo nacional.
Al borde del abismo.
El año del diablo.
Después del Diluvio.

Ardid de guerra.	*El grito del pueblo.*
C. de L.	*La liga de las mujeres.*
Por subir al piso 4.º.	*A tí suspiramos.*
¿Se puede?	*El voto del caballero.*
Por la tremenda.	*El día de la Ascensión.*
Se necesitan oficialas.	*El señor Juan de las Viñas.*
Al borde del abismo.	*Florinda ó la Cava... baja.*
Soy yo.	*Grandes y chicos.*
El fresco de Jordán.	*Juanito Tenorio.*
La receta del doctor.	*La hija de la Mascota.*
Juana que llora y Juan que ríe.	*Los enemigos del cuerpo.*
La canción de Fortunio.	*Manicomio político.*
Curro Cúchares.	*Tula*
Periquito entre ellas.	*El abrazo de Vergara.*
El Capitán Araña.	*Vista y sentencia.*
Teatro Nuevo.	*¡Santiago... y á ellas!*
Brinquini.	*Ki-ki-ri-kí.*
Circo Nacional.	*Los Presupuestos de Villapierde*
El amor por los cabellos.	*Una ópera en Azuqueca.*
El mundo va á arder.	*La estatua de D. Gonzalo.*
Un perro grande.	*El baño de Diana.*
Un viaje al otro mundo.	*El Rayo.*
Uno más uno, igual cero.	*Los Presupuestos de Ex-Villapierde* (reformados).
El gato en la ratonera.	*La Dinamita.*
La sonámbula.	*Cascarrabias.*
Te espero en Eslava tomando café.	*La Godinica.*
A seis reales con principio.	*Jaleo Nacional.*
Mis tres mujeres.	*Ceno con mi madre.*
Un baile de trajes.	*El abrazo de Vergara.*

PARODIAS

COMEDIAS	
La sanguinaria.	Consuelo... de tontos.
El mojicón.	*Carmela.*
Dos cataclismos.	*Thimador.*
	Guasín.
ZARZUELAS	*El salto del gallego.*
	Mis' Erere.
El marsellés.	*Dolores... de cabeza.*
Ni se empieza ni se acaba.	*La Golfemia.*
El carbonero de Subiza.	*El Balido del Zulú.*
	La Farolita.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles*.